

por una

# REFORMA DEMOCRÁTICA, EMANCIPADORA Y SOLIDARIA DE LA UNIVERSIDAD

28 de abril de 2013

La universidad, desde principios del siglo XXI, se enfrenta a nivel global a tres crisis que, según la teoría de Boaventura de Sousa Santos, catedrático portugués de sociología, la hacen peligrar tal y como la hemos conocido hasta ahora.

En primer lugar, la Universidad afronta una crisis debido a la contradicción existente entre la función tradicional de la Universidad —la producción de élite del pensamiento crítico y de los conocimientos científicos y humanistas— y la misión que le fue encomendada por el Estado a partir de la segunda mitad del siglo XX —la formación de profesionales altamente cualificados encaminada al desarrollo del sistema económico imperante—. Esto dio lugar a una instrumentalización de la universidad al servicio del mercado laboral, entendida ésta como una mera fábrica de trabajadores, cuya consecuencia última es la **crisis hegemónica** de la universidad, al haber perdido el monopolio de la educación superior y de la producción de la investigación científica.

La segunda crisis que afronta la Universidad surge del desencuentro existente entre el elitismo propio de los saberes especializados de la universidad y las exigencias sociales y políticas por una democratización de los saberes de la universidad y sus técnicas. La aparente impermeabilidad y endogamia de la universidad y la escasa actividad de divulgación y contacto con el resto de la ciudadanía alejan a la comunidad universitaria de aquellos que la sustentan con sus impuestos, dificultando su entendimiento y cuestionando el aprovechamiento de sus logros en la sociedad. Esta ficticia desconexión entre ambas partes ha dado lugar a una **crisis de legitimidad** de la universidad ante la sociedad.

La tercera crisis se deriva del antagonismo patente entre la existencia teórica de la autonomía de la Universidad en la definición de valores y búsqueda de objetivos y la presión para someterla a criterios económicos de eficiencia y rentabilidad directa. Batalla ésta que ha ido perdiendo en las últimas décadas, por lo que es necesaria la defensa de la emancipación de la universidad como ente maduro y capaz de elegir su propio camino, que no puede ser otro que aquel que favorezca y promueva el progreso general y solidario del país. La vía para superar esta **crisis institucional** de la universidad pasará por una mayor colaboración con otros agentes culturales, económicos y políticos de la sociedad, sin que esto constituya un condicionamiento de su autonomía.

Durante los últimos años, el poder económico y político imperante ha aprovechado la pérdida de relevancia social de la universidad pública, consecuencia de las tres crisis descritas, para adoptar políticas de privatización que ponen en peligro el modelo de universidad autónoma, democrática y vinculada al interés general que hasta ahora era hegemónico en nuestro país.

Desde el Estado se ha empobrecido la universidad pública al no existir estrategias a largo plazo de desarrollo de una sociedad basada en el conocimiento ni, por tanto, en una educación pública de calidad, provocándose así una **crisis financiera** de la universidad pública que, con cierto éxito, en España ha sido paliada hasta ahora mediante su capacidad para generar ingresos propios del mercado. La reducción de la inversión en educación y, en particular, los dramáticos recortes en las instituciones universitarias y de investigación demuestran el desprecio por un modelo económico cimentado en la cultura, la ciencia y la tecnología. La dependencia financiera del Estado no supone impedimentos a la autonomía científica y pedagógica de la universidad. Sin embargo, si la supervivencia económica de la universidad depende de contratos comerciales con entes privados, ésta no puede garantizar el control de su actividad docente e investigadora entendida como bien público.

Al mismo tiempo, el derecho a la educación sufre una erosión radical si no se tiene acceso al servicio que ofrece la universidad pública por la vía de la ciudadanía sino por la vía del consumo. Con la subida de precios públicos, el desmantelamiento de ciertos servicios, las raquílicas políticas de becas y ayudas y el deterioro de la condición del profesorado de la universidad pública, se busca mejorar la competitividad de la universidad privada frente a ésta para que la privada resulte aparentemente brillante sin necesidad de haber mejorado. Prueba de ello es el fuerte crecimiento de la universidad privada en los

últimos años, que según el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, ya acapara en nuestro país más de un tercio de los estudiantes universitarios de entre 18 y 21 años.

Por otra parte, si bien durante los últimos años la autonomía universitaria no ha tenido como objeto preservar la libertad académica, sino crear condiciones para que las universidades se adaptaran a las exigencias del mercado, la empleabilidad de los universitarios en países como España está en entredicho. Durante los últimos años, fruto de la globalización, se ha profundizado la dualidad de los mercados de trabajo: creció la demanda de mano de obra cualificada ligada a la economía basada en el conocimiento, pero creció de manera explosiva el empleo con bajísimo nivel de cualificación.

Ante esta situación, los estudiantes jugamos un papel decisivo en la definición, ejecución y consecución de la reforma que necesita la universidad. Es nuestra responsabilidad proponer alternativas tanto a la actual situación como a las propuestas dominantes que parecen conducir al fin de la universidad pública tal y como la conocemos. Desde el cambio en la universidad debemos liderar la transformación social que necesita este país.

La universidad es el puente entre el presente y el futuro deseado; por ello no cuenta con aliados fuertes. No podemos refugiarnos en nuestro elitismo ni en nuestro corporativismo. Tampoco podemos quedarnos en la reacción ante el corto plazo, sino que, además, debemos plantear la batalla por una reforma democrática, emancipadora y solidaria de la universidad.